

EL OTOÑO DEL IMPERIALISMO

Ignacio Hernández Gutiérrez

Los primeros diez años del siglo XXI exhiben hechos y concepciones que, en una perspectiva histórica, anuncian que el accionar del imperialismo asiste a su declive. Ese “su” otoño arrastra a los Estados Unidos, potencia hegemónica del capital monopolista mundializado o “globalizado”, y a las potencias que a lo largo de la historia del siglo pasado la acompañaron. Y deja sus secuelas en todo el mundo, como la estación del año al que se ven sometidos los bosques cuando al final del verano los acompañan los fríos que anuncian el invierno: ningún país del llamado mundo desarrollado queda al margen, aunque como es evidente, en algunas de sus ramas se advierte con mayor claridad que en otras el desgaste de sus hojas, que no pueden evitar mostrarse antes de su caída. EUA es la expresión más clara, pero también está la Eurozona o el Japón y el Reino Unido, y aún aquellos países o regiones que lograron sacar provecho de sus posibilidades históricas o de sus recursos naturales (petróleo y materias primas agrícolas o minerales).

Si los síntomas más relevantes de tal otoño se habían venido observando décadas atrás, en los últimos 10 años se han vuelto más evidentes. Si siempre habían dejado sentir la brutalidad de sus consecuencias, ya no digamos en sus propios pueblos, sino principalmente en los países subdesarrollados, ahora cada hoja que va cayendo afecta de manera directa e indirecta a todo el sistema de dominación del capital monopolista, incluidas las oligarquías nativas aliadas y partícipes del mismo. En el recorrido del extenso paraje boscoso que nos ofrece Jesús Hernández Garibay en su reciente libro *El otoño del imperio*¹, el lector podrá encontrar hechos relevantes que están marcando el fin del imperialismo, así como aquilatar concepciones diversas sobre dicho proceso, algunas afines al criterio con que él mismo trata de enfrentar sus contradicciones, otras en cambio discrepantes. De ello son ejemplo las medidas que tales concepciones traen aparejadas al calor de la crisis más severa que desde la tercera década del siglo anterior experimenta el capitalismo: los “consensos” ya no son unánimes ni automáticos o fáciles de lograr, las diferencias de enfoques se multiplican, no obstante los llamados del Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional para evitar un “sálvese quien pueda” de cada país o zona.

Y es que la crisis, ese otoño del imperio que menciona el autor, no es sólo económica, sino política, social, del medio ambiente, educativa y cultural. Ataca a todas las clases sociales, a todos sus sectores en todos los ámbitos del quehacer humano y no es, como se nos trata de convencer, sólo monetaria, financiera o del comercio internacional. No, el bosque está en su otoño como un todo y se expone de la misma manera al invierno inapelable de su historia, no obstante (o acaso por ello mismo)



su control mediático de los pueblos oprimidos y principalmente, su poderío militar.

Acaso para los lectores de *Archipiélago* valga la pena en especial la lectura del Capítulo 4: *Un Nuevo Escenario en Nuestra América*, en donde el autor plantea la perspectiva de nuestros pueblos, no sólo en lo que toca a los hechos del decenio que concluye con las celebraciones de los Bicentenarios de *nuestra gran patria latinoamericana y caribeña*, sino al exponer aquellas concepciones relevantes de las clases dominantes en cada país que, como fieles aliadas supeditadas pero usufructuarias del imperialismo, tratan de enfrentarse a una lucha de clases que, como el viento del otoño, amenaza su dominio otrora incuestionable y va logrando avances, desiguales y con contradicciones, pero al fin logros que cuestionan de raíz los intereses del sistema dominante y ya no respetan —ni pueden hacerlo— el curso de una historia que por siglos ha excluido a las mayorías proletarias, condenándolas a la miseria y explotación.

Crisis que pone al descubierto que, aquellos que fueron los más férreos eslabones de la cadena de saqueo, opresión y represión, ya no se pueden sostener, pues especialmente en el sur y en el centro de Nuestra América (para no hablar del heroico pueblo cubano), otrora reserva estratégica y patio trasero de EUA, se está forjando una nueva concepción del rumbo de nuestras naciones, cuyos vientos de cambio van dando cuenta de la caída de las hojas del imperio: el Alba, Unasur, Mercosur, el Grupo de Río y otros esfuerzos de colaboración e integración regional; la *Revolución Ciudadana* en el Ecuador, la *Revolución Bolivariana* en Venezuela, el *Estado Plurinacional* de Bolivia o los avances en Nicaragua y El Salvador, son algunos ejemplos de ello. Ver el todo y las partes y sus concatenaciones y contradicciones en el plano general del imperialismo, de eso se trata. *El otoño del imperio* ayuda a comprender los cambios y su relevancia para los pueblos; ayuda a que la esperanza no sea hoy sólo una utopía, sino una realidad que se construye día a día: cada lucha de los pueblos, con todo y sus tropiezos, significa para el imperialismo una gota que al caer se transformará, más temprano que tarde, en el arroyo, en el río cuyo caudal arrastrará sus hojas amarillentas, parduzcas y caducas, así como la semilla de la liberación de nuestros pueblos. ■

Ignacio Hernández Gutiérrez. Economista mexicano, colaboró en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM y fue docente en la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es miembro de la Comisión de Enlaces y Acuerdos de AUNA-México. Sus escritos han aparecido en la revista *Problemas del Desarrollo* y en libros colectivos, como *Los estudiantes, la educación y la política, Reforma educativa y apertura democrática, La burguesía mexicana: cuatro ensayos y La nacionalización de la banca.*

¹ Jesús Hernández Garibay, *El otoño del imperio*, Cenzontle, México, 2010.